



Navidad otra vez: una fecha discutida, una oportunidad intacta

por Daniel Urdaneta

Hemos llegado otra vez a esa época del año. Luces en las calles, villancicos en los comercios, anuncios cargados de emoción... y, como cada diciembre, el mundo cristiano vuelve a dividirse. No por doctrinas esenciales, no por el evangelio, sino por una pregunta recurrente: ¿debemos celebrar la Navidad?

Algunos lo hacen con gozo. Otros la rechazan con firmeza, argumentando, con razón histórica, que Jesús no nació el 25 de diciembre. Y probablemente no nació en diciembre en absoluto. Muchos estudiosos sitúan su nacimiento más cerca de la primavera, incluso alrededor de abril. Hay quienes relacionan esta idea con una antigua concepción judía, presente en algunas tradiciones, la de una vida “plena” o “noble”, según la cual los grandes siervos de Dios mueren en la misma fecha en que han nacido, aunque años después, evidentemente. Bajo esa lógica, no resultaría descabellado pensar que el nacimiento y la muerte de Jesús coincidieran en fecha, separadas por 33 años.



Ahora bien, aceptar que la fecha es incorrecta o incluso impuesta históricamente no debería llevarnos automáticamente a desechar todo lo que ocurre alrededor de ella. Porque la pregunta clave no es cuándo nació Jesús, sino qué hacemos nosotros cuando el mundo, por unos días, vuelve la mirada, aunque sea de forma confusa, hacia Su nacimiento.

Es cierto: la Navidad está saturada de consumismo. Está envuelta en adornos, regalos, campañas publicitarias y, en muchos casos, opacada por una figura ajena al relato bíblico: Santa Claus o Papá Noel. No tiene sentido negar esa realidad. Pero tampoco tiene sentido ignorar que, aun así, millones de personas escuchan cada año, sin darse cuenta, palabras como Nacimiento, Niño, Paz, Luz, Esperanza, Salvador.

Tal vez no es la celebración ideal. Tal vez no es la forma más pura. Pero es una oportunidad. Una oportunidad para recordar que Dios se hizo hombre. Que el Creador entró en la historia no con poder político ni con ejércitos, sino en la fragilidad de un niño. Una oportunidad para hablar de encarnación en un mundo cansado de discursos vacíos. Una oportunidad para señalar, con respeto pero con claridad, que detrás del ruido hay un hecho que sigue siendo escandaloso: Dios con nosotros.

Rechazar la Navidad por no ser bíblicamente exacta en su fecha puede ser coherente. Pero también puede convertirse, sin darnos cuenta, en una renuncia a hablar cuando el oído del mundo está, al menos por un instante, más abierto que de costumbre. No celebramos una fecha. No defendemos una tradición. Recordamos un acontecimiento. Y si ese recuerdo llega envuelto en luces y villancicos, quizá la pregunta no sea si lo aprobamos todo, sino si sabemos aprovechar algo.

Porque, al final, Jesús no necesita el 25 de diciembre para ser Señor. Pero el mundo sí necesita recordar que un Salvador nos ha nacido.

Dios nos bendiga a todos.